

iPod: cada vez más aleph

Gonzalo Soltero



¿Cuándo sucumbe ante un iPod un adversario irredento de Apple? Cuando el aparatejo le resuelve su vida cotidiana y hasta lo protege contra el tedio de la burocracia

EL FERVOR POR LAS MAC me deja frío. Salvo en oficios específicos, por ejemplo los diseñadores, no entiendo cómo alguien puede pagar cuatro veces más para usar un procesador de palabras y revisar su correo en un aparato que después de cuatro o cinco años igual habrá que tirar. Ahora, el iPod es otra cosa. Al menos para los melómanos de segundo orden como yo, para quienes la música es más bien la banda sonora de nuestra vida y no lo que sucede en el centro del escenario, el iPod no tiene competencia. Acabo de reincidir y comprar mi tercero.

Mercarlo en la tienda de la esquina incluye la gratificación instantánea de salir con el juguete en las manos. Hacerlo desde la compañía que lo produce gana el caprichoso beneficio de poder personalizarlo con una leyenda, que se le graba mediante rayo láser en la parte trasera. Opté por lo segundo: seleccioné el mío directamente en la página de iTunes México, que en realidad radica en Estados Unidos, y me lo mandaron desde la fábrica en China. En este caso el fetichismo de la mercancía impregnó todo el proceso de compra, y de espera, que duró cinco días.

Observé en la página de mensajería los avisos que rastreaban el envío como si se tratara de una carrera de caballos a la que había apostado la hipoteca. El 13 de octubre salió de Suzhou, China, recorrió el camino hasta Shanghai y llegó a Anchorage, la capital de Alaska. Poco después arribó a Louisville, Kentucky, de donde salió a las 4:49 a. m. de la siguiente jornada. Un recorrido portentoso, pensaba yo frotándome las manos con anticipación. Pero tan pronto tocó tierra mexicana, a pesar de tratarse de



la misma compañía, todo cambió. Será que el aparato es tan avanzado que sabe adaptarse a las costumbres locales.

Se pasó todo el jueves 14 en el aeropuerto, sin que los datos arrojados por la guía de rastreo pudieran responder bien a bien haciendo qué. A las 22:32 avisó que ya iba de salida. Pero a las 23:06 cambió de parecer y consignó su reingreso al aeropuerto. Será que le habrá gustado. El viernes 15 transcurrió angustiosamente, sin un solo aviso de su parte. Mi expresión mirando la pantalla, carente de nuevas, competía con la de Sara García en su mejor melodrama. Finalmente, y sin mayores explicaciones, a las 23:18 avisó que ahora sí salía. A la mañana siguiente llegó a Guadalajara. Habrase excedido con el tequila, porque ni sus luces en todo el fin de semana. Finalmente el lunes, seguramente arrepentido, se puso de nuevo en marcha y el mismo día llegó a mis manos.

Tardó día y medio en viajar miles de kilómetros, cruzar el océano Pacífico, varios países y cambiar de continente. Y luego cuatro días en recorrer lo que en coche toma unas ocho o nueve horas.

Pero valió la pena.

El modelo es un iPod Touch de cuarta generación. El primero que compré hace unos seis años, un iPod Photo, funciona perfectamente: almacena 60 gigas de música que suena igual de bien (o mal, dirán los expertos) que al principio. Aunque en su momento parecía una delgada cápsula de plata recién llegada del futuro, por comparación un sexenio después parece más bien un refrigerador soviético. Hasta me preocupan las emisiones de gas carbón que pueda emitir. (El iPod intermedio fue un diminuto Shuffle de dos gigas que no viene a cuento comparar.) El nuevo tiene 64 gigas;

no hay cambios radicales en su capacidad de almacenar música. Pero no fueron ni el aspecto ni la capacidad musical los que me indujeron a consumir de nuevo.

Ahora el iPod ha integrado una gran parte de las funciones que antes desempeñaron los organizadores portátiles como la Palm, con aplicaciones tan útiles como curiosas que permiten llevar la agenda, guardar notas, registrar gastos o calcular la cuenta del restaurante entre el número de comensales sumando la propina. También incluye un atlas de mapas sumamente útil para los que nacimos con la brújula atrofiada. La sección de videojuegos merecería tal vez un artículo aparte, tanto por la oferta descomunal que hay, con frecuencia gratuita, como por la inmersión que implica jugarlos. Se puede bajar la aplicación del Kindle y leer los libros electrónicos adquiridos en Amazon; además está iBooks, que permite acceder a libros digitales en otros formatos y leer archivos en formato PDF.

Tiene una pantalla de nitidez prístina, donde se puede consultar internet. Aunque esto lleva rato haciéndose por celulares, en mi caso, dado que aborrezco los teléfonos, es una gran añadidura. Me permite evitar la compulsión nocturna de encender la computadora para revisar si hay correos nuevos o perder el tiempo en sitios como Twitter. Finalmente, el factor definitivo que diferencia a este modelo de las generaciones previas de iPods puede ser la inserción de dos cámaras, en ambos lados del gadget, que sirven tanto para fotografía y video, como para realizar llamadas por Skype.

Comparado con sus familiares cercanos, el iPhone y el iPad, me parece que sale ganando de calle. El primero tiene una memoria máxima de 32 gigas, pero asumo también que mi aversión telefónica me impide juzgarlo objetivamente. El iPad todavía no entiendo

Las aplicaciones del iPod permiten actividades tan diversas como la adquisición de libros y la consulta de mapas. En la página anterior: el autor y su juguete nuevo.





De juegos tan diversos como *Fruit Ninja* y *Need for Speed* a aplicaciones musicales, el repertorio del iPod es cada vez más amplio.



bien para qué sirve. La falta de teclado lo hace inútil para trabajar en serio. Tal vez se pueda despachar un artículo breve como éste, pero no veo a nadie terminando ahí una novela o una tesis. Es cierto que se le puede añadir un teclado externo, pero ahí volvemos al punto inicial: mejor comprarse desde el principio una netbook que cuesta menos y ya lo trae incluido.

Uno de los eslógans de Apple para este nuevo modelo es “Ni un solo rato de tedio más”, y la mejor manera de comprobarlo es cuando el iPod se vuelve un arma táctica en la lucha cotidiana contra la burocracia. Nada trastorna más a un mal burócrata que una persona divirtiéndose mientras hace fila frente a él. Los que están del otro lado de la ventanilla se desconciertan tanto de que alguien llegue sonriendo que ponen el sello antes de darse cuenta. Su poder se derrumba y, desanimados, sacan la chamba con una agilidad portentosa.

La única crítica que se me ocurre para Apple es que la evolución de nuevas versiones de iTunes, el programa mediante el cual se maneja el iPod, hace que no siempre haya compatibilidad con modelos anteriores. La versión 10 que descargué para el recién llegado despóticamente dictaminó que no reconocía al primer modelo y que la única opción era borrar la música e instalarla de nuevo. Esto es casi trágico porque, aunque la música sea la misma, la listas de reproducción en que las canciones se distribuyen y organizan no hay manera de rescatarlas, y a estas alturas creo que les he dedicado más tiempo y esfuerzo que a mi tesis de maestría.

Por cierto, la inscripción que mandé grabar es muy sencilla. Dice: “Estás agarrando la del Gonzo”. Funciona como magia. No importa qué tanto le brille la mirada a alguien mientras juega con mi iPod, en cuanto le da vuelta y lee la inscripción, me lo devuelve de inmediato. 🗿